

**EL PAISAJE DE LA HUERTA
DE VALENCIA.
ELEMENTOS DE
INTERPRETACIÓN DE SU
MORFOLOGÍA ESPACIAL DE
ORIGEN MEDIEVAL**



ENRIC GUINOT RODRÍGUEZ

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

EL PAISAJE DE LA HUERTA DE VALENCIA. ELEMENTOS DE INTERPRETACIÓN DE SU MORFOLOGÍA ESPACIAL DE ORIGEN MEDIEVAL

Probablemente la Huerta de Valencia sea uno de los paisajes históricos más complejos de las tierras valencianas tanto por su morfología espacial como por la densidad de arquitecturas, espacios y huellas que se han ido acumulando en su seno a lo largo de los siglos. Ello se debe en buena medida a encontrarse situada en el entorno de la ciudad más grande del antiguo reino de Valencia y de la capital del *Sharq al-Andalus* durante el período musulmán, lo que ha provocado una larga y fecunda interrelación entre mundo urbano y mundo rural, pero en ello también ha influido sin duda su larga historia. Hay que tener en cuenta que, como tal paisaje específico de regadío, tiene una antigüedad de alrededor de 1200 años pues sus orígenes se remontan a la instalación de los grupos tribales musulmanes que empezaron a llegar a la Península Ibérica a lo largo del siglo VIII alrededor de la entonces muy pequeña ciudad episcopal romano-visigoda de *Valentia*. Aunque se ha argumentado en tiempos pasados sobre los orígenes romanos de este espacio agrícola, en realidad fueron los campesinos musulmanes los que crearon la primera Huerta de Valencia así con mayúsculas, los que diseñaron y construyeron sus primeros sistemas hidráulicos, probablemente la acequia de Rovella, quizá la de Favara, junto a las de Petra, Rambla y Al-giròs, y fundaron también los primeros poblados –las alquerías andalusíes– en las que se instalaron a vivir, aunque durante los siglos siguientes hasta la conquista cristiana del siglo XIII el lógico crecimiento poblacional, económico y social de Al-Andalus fue llevando a la ampliación de dicha Huerta primitiva con nuevos sistemas hidráulicos y lugares de población.

Así pues doce siglos de historia de un paisaje antropizado nos hablan de un territorio que ha sido escenario de transformaciones morfológicas y sociales importantes, más cuando ha sido vivido y reconstruido en el marco de tres grandes períodos históricos: la sociedad

musulmana, la sociedad feudal medieval y moderna, y la sociedad burguesa contemporánea. Pero es que además la Huerta de Valencia no fue nunca tan sólo un espacio rural sino también un espacio peri-urbano, la Huerta de la ciudad de Valencia, el *“cap i casal del regne”* medieval, por lo cual las influencias mutuas campo-ciudad a lo largo de los siglos encontraron aquí un escenario especial para la profunda interrelación entre ambos mundos¹.

I. EL PAISAJE AGRÍCOLA TRADICIONAL DE LA HUERTA DE VALENCIA

Cuando hablamos del paisaje de la Huerta de Valencia lo más usual es que venga a nuestra mente la imagen típica del regadío valenciano basada en un mar de naranjales que se extienden entre el mar y la montaña, aunque si hemos vivido más tiempo en la ciudad o en las poblaciones de su entorno también es posible que caigamos en la cuenta de que existe una larga tradición de huerta de policultivo de hortalizas. Ello no es extraño porque aunque el naranjo es casi el monocultivo de las huertas valencianas y también ha penetrado ampliamente en el paisaje de la de Valencia, lo cierto es que hasta no hace muchos años los agrios casi no habían colonizado el dominio de la huerta histórica de la ciudad y que sólo con la crisis de las explotaciones agrícolas familiares y los labradores a tiempo parcial del último tercio del siglo XX este árbol ha ido ganando presencia, tal como se constata actualmente en la zona norte de la huerta de la acequia de Montcada, entre Massalfassar y Puçol, o entre Quart de Poblet, Aldaia y Xirivella por ejemplo.

Pero de hecho el paisaje vegetal de verduras tampoco ha sido el dominante durante toda la historia de las huertas valencianas. Bien al contrario, con los

¹ Sobre la génesis histórica de la Huerta de Valencia puede verse E. Guinot, “L’Horta de València: la fi d’un patrimoni històric”, Revista L’Espill, València, n.º. 20 (2005), pp. 162-175. También es de consulta necesaria la obra de referencia de Th. F. Glick, *Regadío y sociedad en la Valencia medieval*, Valencia, Biblioteca Valenciana, 2003 2ª ed. revisada.



Elementos definidores del paisaje de la Huerta de Valencia: acequias, caminos, pueblos y alquerías, en uno de los planos de Valencia de las Guerras Napoleónicas

cambios históricos a lo largo de los siglos los cultivos mayoritarios han ido cambiando de forma notable, alterando no sólo la estricta producción agrícola sino también el mismo paisaje o “sky line” de Valencia y su huerta. Así, durante la época bajo-medieval la Huerta de Valencia se caracterizó por el cultivo de cereales panificables, fundamentalmente trigo y centeno, y de la viña, mientras que las hortalizas y frutales ocupaban parcelas reducidas o los márgenes de los campos y acequias en el segundo de los casos. La razón fundamental es que los alimentos básicos de la sociedad y mentalidad feudal medieval eran los típicos de la trilogía mediterránea –pan, vino y aceite–, pero sin olvidar que ni los medios de transporte ni los mercados de la época permitían una producción comercializable importante de elementos perecederos.

Esta tradición bajo-medieval del mundo cristiano ya había sido un cambio agrícola y alimenticio importante respecto al mundo musulmán anterior a la conquista de Jaime I, pero no fue ni mucho menos el último. A partir de finales del siglo XV la capital valenciana se convirtió en un importante centro manufacturero de la seda (el vellut), y la demanda de materia prima provocó un importante cambio en el paisaje de las huertas de la zona central del antiguo reino de Valencia y también de la propia Huerta de Valencia. Los árboles de la morera se extendieron a lo largo del siglo XVI de forma imparable, normalmente en los márgenes de las acequias y de las parcelas pero tampoco era extraño del todo que hubiese campos dedicados completamente a dicho arbolado. Evidentemente se siguieron cultivando

los productos tradicionales anteriores, cereales, menos viña claramente, pero también el cáñamo y la diversidad usual de hortalizas y frutas, pero alternándolos con las hileras de moreras. Es pues claro el cambio paisajístico que esto implicó ya que de un paisaje de campos abiertos y con pocos obstáculos visuales, se pasó a uno de campos cerrados, en los que las moreras frecuentemente tapaban la perspectiva del territorio.

Un nuevo cambio se produjo en la segunda mitad del siglo XVIII y una vez más impulsado desde los cambios económicos en la ciudad. La crisis de la industria de la seda provocó la progresiva desaparición de este arbolado –hoy en día convertido en típico de los jardines urbanos pero bien difícil de encontrar en la huerta–, y en las últimas décadas del Setecientos este paisaje volvió a abrirse visualmente. Los cereales mantuvieron su presencia tradicional y, con el crecimiento demográfico que empezó, a lo largo del siglo XIX fue progresivamente aumentando el peso de el policultivo de hortalizas para un mercado urbano cada vez mayor y, en ciertos casos, con posibilidades de exportación por la aparición de nuevos medios de transporte. Así, el arroz, que ya había hecho su presencia en ciertos momentos de la época bajo-medieval y se había mantenido en las zonas más cercanas a la Albufera durante la época Moderna, se fue extendiendo más claramente a otras zonas de la Huerta si bien fue su escenario más habitual las zonas de extremales, francos y marjales de la periferia de la huerta histórica.

Es este paisaje de campos abiertos de finales del siglo XVIII y hasta principios del XX, el que poco a poco volvió a ir cerrándose con la progresiva presencia del naranjo, todo lo cual nos lleva a constatar que no es nada sencillo responder a la simple pregunta de cuál ha sido y es el paisaje agrícola “tradicional” de esta Huerta de Valencia. Sus cultivos han sido cambiantes a lo largo de los siglos y todos ellos, según su momento, han sido tradicionales por lo que hemos de plantearnos si existen otros criterios que nos permitan caracterizar históricamente el paisaje de la huerta. Y la respuesta está en su morfología espacial. Esto es, las huertas valencianas y de forma bien notable la de Valencia están construidas físicamente de una forma concreta, en base a la conjunción de una serie de variables que marcan cómo y por qué se ha ordenado este territorio desde sus orígenes más antiguos medievales pero que, además y a pesar de los grandes cambios sociales a lo

largo de los siglos, todavía están fosilizados en todo o en parte en nuestro paisaje contemporáneo. Por ello, si somos capaces de identificar esos elementos morfológicos podremos acceder a entender cuál es el armazón estructural de este paisaje, a fin de cuentas de cuál es su arquitectura espacial.

2. ALGUNAS ACLARACIONES SOBRE QUÉ ES LA HUERTA HISTÓRICA DE VALENCIA

Pero antes de entrar en el análisis espacial de este territorio conviene hacer algunas precisiones sobre de qué estamos hablando cuando hablamos de la Huerta de Valencia. Y la primera observación es que no todo el espacio del regadío contemporáneo actual del área metropolitana de la ciudad o del territorio de las dos comarcas que llevan su nombre, l'Horta-nord y l'Horta-sud, corresponde a lo que es su huerta histórica. Las nuevas fuentes de energía, los motores de vapor y luego los de electricidad desde finales del siglo XIX y principios del XX, y los pantanos a lo largo de esa centuria extendieron de forma importantísima el regadío a ámbitos que siempre habían sido de secano, desde la parte alta de los términos municipales de Puçol o El Puig por el norte, hasta los de Catarroja y Picassent por el sur, pasando por los de Montcada, Paterna, Aldaia o Picanya por el oeste.

Pero en realidad la Huerta histórica de Valencia es el territorio comprendido dentro de los límites máximos de riego de las siete acequias del Tribunal de las Aguas de Valencia (Rovella, Favara, Mislata más Xirivella, el doblete Quart y Benàger-Faitanar, Tormos, Rascanya y Mestalla) más el de la Real Acequia de Montcada, a lo que cabe sumar las zonas de extremales, francos y marjales que quedaron y aún quedan algunas entre las zonas censadas de dichas comunas y el mar o la Albufera.

Estamos hablando pues de una superficie que en su momento máximo de extensión a principios del siglo XX llegó a tener unas 13.200 Ha más otras 4.700 de antiguos marjales, lógicamente hoy reducidas aproximadamente a unos dos tercios de ellas a causa del crecimiento urbano, y repartidas entre 40 municipios. A ello cabe añadir por último la complejidad de su organización social a lo largo



Estructura del parcelario en la huerta de Benimaçlet (1967). Obsérvense los ejes de las acequias y caminos de izquierda a derecha (V-E), irregulares a pesar de lo muy plano del terreno, y cómo las parcelas se ordenan perpendicularmente a ellos. En este caso se trata de medidas en fanecas mayoritariamente y son trazados muy rectos

de los siglos; mientras que en otras huertas siempre existió una coincidencia entre municipio y comunidad de regantes, en la de Valencia al menos desde el siglo XIII han existido diez comunas (Rovella, Favara, Mislata, Xirivella, Quart, Benàger-Faitanar, Mestalla, Rascanya, Tormos y Montcada), dos comunets (Manises y Aldaia), y una Junta de Francs i Marjals gestionada por el Ayuntamiento de Valencia desde finales del siglo XIV².

También conviene aclarar que, aunque a lo largo del siglo XX ha habido un debate sobre el posible origen romano o musulmán alto-medieval de la Huerta de Valencia, lo cierto es que hoy en día los historiadores especialistas en la historia de Al-Andalus y del regadío medieval coincidimos plenamente en considerar que una cosa es la existencia de un uso del agua en dichas sociedades y otra completamente distinta el modelo de uso social de ese agua por ellas. Esto es, entre lo que era una sociedad de base esclavista y explotación extensiva de un secano cerealícola, vitícola y olivarero, con un uso puntual del agua para abastecimiento urbano y de las villas, y una sociedad de base clánica en un modelo de estado tributario y protagonista de una revolución agrícola procedente del mundo indio y

2 E. Guinot, "L'Horta de València...", pp. 164-167.

del Oriente Medio en base a un uso intensivo del agua para productos de tradición monzónica³.

Ambas sociedades hicieron uso del agua pero la forma de construir el paisaje rural, agrario e hidráulico, evidencia notables diferencias físicas y morfológicas entre ambas sociedades, diferencias que podemos detectar y entender. Esto es, que las huertas Mediterráneas no son atemporales sino una construcción social que ha evolucionado con los grandes edades de la historia de nuestro país. Por tanto existe una construcción del paisaje de la huerta correspondiente al período inicial de época musulmana alto-medieval y una reconstrucción profunda de él en el contexto del cambio a una nueva sociedad feudal en el siglo XIII, el cual llegó con cambios limitados hasta la nueva etapa de transformaciones de la revolución burguesa, la industrialización y la creciente urbanización de los siglos XIX y XX.

Por otro lado se plantea que los criterios sociales originales para la construcción del espacio agrícola de la huerta de Valencia en época medieval residieron en la propia sociedad rural, lo que no impide ni muchos pensar en la existencia de mecanismos de influencia del mundo urbano sobre ella, que han existido a lo largo de los siglos, pero los mecanismos de organización del paisaje de ese espacio peri-urbano son propios y no marcados por la ciudad, al menos, en esos inicios andalusíes, por lo que la influencia urbana que se ha ido produciendo a lo largo de los siglos no ha sido decisiva en la morfología básica de dicho paisaje sino más bien en alguna de sus transformaciones. Sin duda todo ello no deja de contrastar marcadamente con la realidad contemporánea en la que el proceso de construcción de grandes infraestructuras y urbanización de la Huerta de Valencia se basa en criterios de delineación del territorio de y desde la ciudad, ajenos absolutamente por ello a la tradición histórica de ella.

3. LA MORFOLOGÍA ESPACIAL DE LA HUERTA DE VALENCIA EN ÉPOCA MEDIEVAL: CRITERIOS DE ANÁLISIS

Así pues y para poder entender cómo está construido este paisaje, desde el punto de vista de su morfolo-

gía —y más allá de las apariencias contemporáneas de continuidad visual en parte por la omnipresencia del naranjo—, hemos de tener en cuenta cuatro criterios básicos que van a permitirnos identificar los elementos materiales que lo definen. En primer lugar se ha de analizar y entender la red hidráulica, esto es, la reconstrucción formal y jerarquizada de la trama de cada uno de los sistemas hidráulicos que conforman esta huerta. Esta primera red es la que construyó el paisaje de forma más significativa en sus orígenes andalusíes, aunque adaptándose en mayor o menor medida a un espacio natural con sus irregularidades físicas que debía sortear y solucionar. El segundo criterio que juega un papel vertebrador del paisaje de la huerta, y en buena medida paralelo al anterior, es el de la red de circulación entre puntos de poblamiento; el tercero es la identificación de los espacios de residencia —los núcleos de población concentrada o dispersa—; y el cuarto aspecto es la identificación de los espacios de trabajo, esto es, del sistema de parcelación y de los grupos de parcelas que conforman unidades de paisaje cultivado.

Estos elementos son los que han vertebrado la Huerta de Valencia a lo largo de los siglos y los que, analizados en su realidad actual, nos permiten tener un instrumento para detectar en el actual paisaje los elementos materiales que se han conservado fosilizados.

3.1. LA ESTRUCTURA HIDRÁULICA.

Desde el punto de vista hidráulico y este es el que, en nuestra opinión, realmente dibuja la trama básica y primordial del paisaje de las huertas, lo primero que hay que tener en cuenta es que la de Valencia no corresponde a un único espacio orgánico y vertebrado por un elemento común sino que su paisaje es resultado de la suma concatenada de ocho sistemas hidráulicos (Rovella, Favara, Mislata, Quart-Benàger-Faitanar, Tormos, Rascanya, Mislata y Montcada) más los “flecos” de francos y marjales —en el sentido de que se encontraban en la periferia de los sistemas anteriores y en la franja límite entre las huertas censadas de las comunas y el mar o la Albufera—.

3 M. Barceló “De la congruencia y la homogeneidad de los espacios hidráulicos en al-Andalus”, *El agua en la agricultura de al-Andalus*, Barcelona, Lunweg, 1995, pp. 25-38; A. Malpica, “El agua en al-Andalus: un debate historiográfico y una propuesta de análisis”, *V Semana de Estudios Medievales*. Nájera, 1994, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1995, pp. 65-85; Th. F. Glick, “Regadío y técnicas hidráulicas en al-Andalus: su difusión según un eje Este-Oeste”, *Actas del I Seminario Internacional. La caña de azúcar en tiempos de los grandes descubrimientos (1450-1550)*, Motril, Casa de la Palma ed., 1990, pp. 89-98. Y la referencia clásica de A. M. Watson, *Agricultural Innovation in the Early Islamic World*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.

Ello implica que para entender la arquitectura espacial del conjunto hemos de analizar la de cada uno de los sistemas hidráulicos de origen medieval, los cuales se basan en unos mismos criterios funcionales. Primero, la existencia de un punto de captación, el azud; segundo, un canal de circulación para hacer llegar el agua hasta la zona de riego; y, tercero, una red de distribución para repartir el agua por los campos en la que se ha de diferenciar entre brazos que son a su vez de circulación, y las acequias que son simples regadoras para campos concretos.

El punto de toma de agua son los azudes del río Turia, situados a lo largo de su recorrido entre Manises-Paterna y la misma ciudad de Valencia. En realidad un azud es un conjunto arquitectónico formado por varios elementos; primero, la presa de derivación situada en medio del cauce fluvial –en estos casos son rectilíneas y ligeramente oblicuas hacia el lado donde toma la acequia–; a su lado se encuentran la boca de entrada al canal, llamada gola, y que suele constar de dos arcadas. Sobre ella se sitúan las compuertas dotadas de tornos para abrir y cerrarla, protegidas por la casa de compuertas. Y para completar el conjunto y a su lado se encuentra la almenara, esto es, la gran compuerta para regular el volumen de agua parado y desviado por el azud y por donde se devuelve al río la sobrante. Los actuales azudes son construcciones de finales del siglo XVI o del XVII, con múltiples reparaciones y un significativo valor patrimonial como arquitectura del agua, pero en todo caso claramente excéntricos a la organización del paisaje⁴.

El segundo elemento material del sistema es el canal de circulación, esto es, la acequia que transporta el agua ganando cota de altura desde el azud del río hasta el punto donde empieza la distribución en brazos para regar. Se trata de un gran cauce tradicionalmente excavado en la tierra y dotado de dos grandes paretos laterales llamadas motas, donde solían plantarse cañas y árboles para consolidar su estructura física; en sus tramos iniciales, caso de la acequia de Mestalla a su paso por la zona de la partida de Dalt de Campanar, podía llegar a tener hasta seis y siete metros de amplitud, y tan sólo a partir de las décadas de 1940-50

fueron progresivamente revestidos en hormigón, estrechados y, ocasionalmente, enderezados en su trayectoria. Justamente su trazado, adaptado a las curvas de nivel, suele ser uno de las líneas marcadas en el paisaje con menores cambios a lo largo de los siglos por lo que mantienen muy bien el diseño fosilizado de sus orígenes medievales y representan líneas de rigidez del paisaje a las que frecuentemente se ha adaptado el parcelario.

Puntualmente estos canales de circulación o acequias madres se han enfrentado a pequeñas barrancadas existentes en el paisaje natural del entorno de Valencia, lo que han resuelto en la gran mayoría de los casos realizando una curva de mayor o menor radio a fin de mantener la cota de altura y cruzar finalmente la depresión por el punto más fácil o poco significativo. Lógicamente esta situación se dio de forma más usual en la cabecera de las acequias a su salida del río Turia y en las situadas más alejadas de la costa o en las más largas, caso de Montcada y Favara, mientras que en las circulantes más cerca del mar, en zonas mucho más planas, estas adaptaciones a los paleocanales fueron mucho más escasas. Ocasionalmente han tenido que cruzar algún accidente de mayor calado, lo que fue resuelto unas veces con motas de tierra y canaletas y, posteriormente, con sifones, caso del cruce del barranco del Carraixet por parte de la acequia de Montcada y Rascanya, o de la acequia de Favara para cruzar el barranco de Catarroja⁵.

Otra solución es el uso de un acueducto, de cuya tipología tan sólo existe en la Huerta de Valencia el dels Arcs de Manises, perteneciente a la acequia comuna de Quart-Benàger-Faitanar. Se trata de una construcción realmente antigua que probablemente se remonta a época islámica alto-medieval, pero que destaca por sus dimensiones y técnica constructiva. En todo caso no tiene comparación con otros pequeños puentes o acueductos de un solo ojo que existen en alguna otra acequia, caso del “pont de l’Anell” de la acequia de Rascanya, cerca ya de Tavernes Blanques.

El tercer ámbito de la red de un sistema hidráulico de la Huerta es el de distribución para riego, esto es, el

⁴ Puede consultarse la información sobre estos azudes y las almenaras referidos a las acequias de Mestalla, Rascanya y Tormos en el libro de E. Guinot, S. Selma, *Les séquies de l’Horta-nord de València: Mestalla, Rascanya i Tormos*, Conselleria d’Agricultura – Generalitat Valenciana, 2006.

⁵ *ibidem*, pp. 145-151. También E. Guinot *et alii*, *La Real Acequia de Moncada, Valencia*, Conselleria de Agricultura-Generalitat Valenciana, 1999



El brazo de Dalt del brazo de Petra de la acequia de Mestalla y, al fondo, Carpesa. Se constata la adaptación del trazado a las curvas de nivel, en un ámbito que, además, fue marjal al menos hasta el siglo XIII

conjunto de brazos, files, rolls y regadoras que toman el agua de la acequia madre y la distribuyen por las parcelas para su uso. No todos son iguales en jerarquía y funciones y hay que establecer una clara diferencia entre ellos: los brazos representan las grandes particiones del sistema mientras que las filas y rolls suelen corresponder a tomas de menor entidad, mientras que las regadoras son los canales más sencillos que llevan el agua a cada parcela.

Los brazos de una acequia han sido siempre tradicionalmente *“corribles”*, esto es, que en el sistema de riego en condiciones ordinarias siempre estaban abiertos y tomaban el agua de la acequia madre para distribuirla en una amplia porción de terreno y parcelas. Por este

carácter continuo de la toma del agua y el volumen de caudal que le correspondía los brazos tenían un partidador en forma de lengua, esto es, un tajamar de sillares colocado en medio de la acequia madre. Con ello se conseguía que fuese cual fuese el volumen de agua que circulase, la partición entre brazos siempre sería proporcional al acuerdo social que se hubiese establecido para ello. Por ello creemos que en su mayoría sus orígenes son del período islámico pues su objetivo sería asignar la dotación de agua correspondiente a cada alquería o más de una alquería de carácter tribal situada en el recorrido de dicho brazo, por lo que en muchas ocasiones suelen adoptar la típica planta arborescente en su traza sobre el terreno. Otra cosa es que a partir de la conquista feudal, con los cambios en

la propiedad de la tierra y la asignación de caudales de agua pudiesen perder de su significado –que no de su utilidad– aunque físicamente hayan queda fosilizados hasta la actualidad.

Desde los brazos también se podía regar directamente y hacerse paradas, especialmente en su parte final, pero lo más característico era que, si nadie regaba por el motivo que fuese, el agua seguía circulando por él y tenía una salida al final del sistema hidráulico, que bien podía ser otro sistema situado a cota inferior –por ejemplo las caídas de aguas sobrantes de Tormos pasaban a la acequia madre de Rascanya, o las de Mislata a la de Favara, o bien podía ser el mar, caso de la mayor parte de la acequia de Mestalla, la de Rovella o Montcada.

Las otras derivaciones, *rolls* o *files*, ocupaban un segundo escalón en la jerarquía de funcionamiento histórico de los sistemas al regar porciones de terreno usualmente más reducidas. Su toma en la acequia madre era un agujero en una piedra con diversas formas: si era redondeado sería un *roll* –también llamado *ull*–, y si era más irregular o incluso cuadrado, era una *fila*. La documentación del siglo XV nos evidencia que había *rolls* siempre abiertos, con la ventaja e inconveniente que siempre tomaban la misma cantidad de agua de la acequia madre. Esto es, parecen corresponder a una nueva decisión social de regar un grupo de parcelas a las que sólo les correspondía una dotación de agua concreta, la que podía pasar por el orificio existente, pero no permitía particiones proporcionales como los partidores de lengua.

Por último se encuentran las simples regadoras, esto es, la gran mayoría de las acequias que vemos y conocemos en el sentido que son cada uno de los pequeños canales que llevan el agua directa de riego a cada una de las parcelas. Ello quiere decir que un brazo, fila o *roll* se va subdividiendo incluso en decenas de estos canales pero cada uno de ellos tiene un trazado concreto para una o un grupo de parcelas y una toma, parada o partididor sobre el canal o brazo de distribución. La conclusión evidente es que hace falta aclarar en cada uno de los sistemas hidráulicos de la Huerta de Valencia esta jerarquía de acequias y canales para poder entender su influencia en la ordenación del paisaje así como las mayores o menores posibilidades de que su trazado se haya visto modificado a lo largo de

los siglos. Es seguro que las regadoras de unos campos concretos han podido ser cambiadas en función de una reparcelación pero, en cambio, es mucho más improbable que la acequia madre o los brazos corribles se hayan visto muy alterados dado que ello habría implicado una ruptura de la asignación de agua a cada una de las zonas interiores de riego del sistema hidráulico en concreto, con el consiguiente conflicto social. No cabe duda pues que las acequias madres y los brazos principales son los ejes que han dibujado la arquitectura espacial de la Huerta de Valencia a lo largo de los siglos.

3.2. LA RED DE COMUNICACIONES

El segundo elemento que nos va a caracterizar el paisaje de esta Huerta es el trazado de las vías históricas de comunicación, estableciéndose una lógica jerarquía entre lo que serían los caminos que ponían en contacto núcleos de población concentrada y los que tenían como función permitir el acceso a grupos de parcelas o llegar a casas dispersas, más de una vez sendas que no tenían una salida.

La existencia de una red de caminos principales en la Huerta está bastante clara y definida a lo largo de los siglos (al menos desde el siglo XIII), y ello tanto en la documentación medieval y moderna –*els camins reials*–, como en las primeras planimetrías del entorno de la ciudad de los siglos XVIII y XIX. Se puede hablar por tanto de una malla secular que tan sólo empezó a ser rota y substituida a partir del siglo XIX por las nuevas infraestructuras que empezaron a hacerse: las carreteras reales y los primeros ferrocarriles que convirtieron los caminos forales en “*camins vells de...*”.

Desde el punto de vista espacial se puede establecer una diferencia entre el entorno más cercano a la ciudad medieval de Valencia y los ámbitos más alejados de ella, especialmente en el caso del territorio de riego de la acequia de Montcada al norte del Carraixet. En este último ámbito, entre dicho barranco y el extremo septentrional de la Huerta en Puçol, el eje de comunicación fundamental durante siglos fue el *camí reial de Morvedre* o en tiempos modernos carretera vieja de Barcelona, a lo largo del cual se iban sucediendo las antiguas alquerías musulmanas y después los pueblos y municipios medievales. Existe un segundo camino, de menor recorrido pero también norte sur y es el que

desde la “*Creu Coberta*” de Almàssera se dirigía hacia Meliana y seguía después hacia Albuixec y Massalfassar. Junto a ellos hemos de tener en cuenta los diversos caminos que se presentan más o menos perpendiculares a los anteriores y que conectaban, o bien con los pueblos algo alejados del *camí reial*, caso de Vinalesa, Albuixec o Massalfassar, o bien conectaban dichos núcleos con la costa por lo que suelen recibir de forma repetida el nombre de “*camí de la Mar*”.

Por su parte y en la zona más cercana a la ciudad la red principal de caminos era mayoritariamente de tipo radial, con centro en el núcleo amurallado, y del cual partían una serie de caminos reales complementados entre ellos por muchos de los que han acabado en época contemporánea con el expresivo término de “*camí vell de...*”. Es ésta una imagen que se puede ver y entender bastante bien en los planos históricos de la ciudad y su huerta de principios del siglo XIX, grabados con motivo de las guerras Napoleónicas.

En el lado norte del río esta red se basaba, al menos desde el siglo XIII, en varios caminos principales a un lado y otro del *camí reial* de Morvedre o de Sagunt, que era el verdadero eje de la Huerta norte. Hacia el mar estaban el *camí vell d’Alboraia*, el *camí vell de Benimaclet*, el *camí vell de Grau*, el *camí d’Algirós* y el *camí vell del Cabanyal*, quizá este último más reciente a pesar de su nombre. Y hacia el interior podemos enumerar el camino de Montcada, el de Carpesa, el *camí vell de Godella*, el de Burjassot, el de Campanar y Paterna, el *camí de Lliria* y el de Benimàmet.

Por su parte, la mitad sur de la huerta y con punto inicial en su casco viejo presenta una imagen bastante parecida a la anterior pero quizá con dos ejes fundamentales en vez de uno. Se trata del *camí reial de Xàtiva*, también llamado desde hace siglos *camí de Sant Vicent* (de la Roqueta) y en épocas más modernas y en su trazado pasado este convento, carretera real de Madrid. El otro camino-eje viario vertebrador es el *camí de Quart* o Quart-extramurs, convertido a partir de Mislata en *camí de Castella* en las épocas más antiguas y también en carretera real de Madrid en las más recientes. Entre ellos se pueden enumerar otra serie de caminos históricos que también presentaban esa forma radial y quer serían el *camí de Torrent*, el *camí vell de Picassent*, el *camí de Malilla*, el *camí de Russafa* y el *camí de Montolivet*.



Llengües d’Alboraia-Almàssera de la acequia de Rascanya, en el límite del término municipal de Valencia, a la izquierda, con el de Tavernes Blanques, a la derecha de la imagen. Estos partidores eran los que, en el diseño del sistema hidráulico, permitían dotar siempre de agua proporcional a las dos alquerías-pueblos medievales: el brazo de Almàssera por la izquierda en dirección a esta localidad tras cruzar el barranco del Carraixet, y el brazo de la Riquera por la derecha, que era el propio de Alboraia

Otra cuestión bastante más complicada es la de definir la antigüedad de cada uno de estos caminos. Es probable que alguno de los principales pueda remontarse hasta época romana pero muchos de ellos debieron tener más relación con la creación del poblamiento de alquerías y *rahales* en época andalusí ya que comunican dichos lugares de poblamiento medieval. En todo caso el análisis detallado de espacios concretos de la Huerta evidencia que el parcelario de los últimos siglos se adapta generalmente tanto a acequias principales como a caminos básicos, lo que indicaría que ambos tipos de ejes se remontarían al menos a época islámica anterior a los repartimientos feudales del siglo XIII.

3.3. LOS LUGARES DE POBLAMIENTO

La Huerta de Valencia, durante sus dos últimos siglos de historia, ha presentado una imagen de elevada densidad de población, evidente en cuanto a la existencia de una larga nómina de pueblos concentrados, desde Puçol y el Puig al norte, hasta Catarroja y Albal al sur, pero quizá suele ser más llamativo tanto en estampas del pasado como en la realidad que ha llegado a nuestros días la muy elevada densidad de casas dispersas, por no hablar ya últimamente de fábricas, naves y depósitos de contenedores.

Lo cierto es que tanto en el pasado como hoy en día en realidad no hay tal homogeneidad en ese poblamiento rural. Si nos fijamos en la huerta de Massamagrell, en la de Montcada o Paterna, en la de Alaquás, de Picanya o en la poca que queda de Paiporta comprobaremos que la presencia de casas dispersas anteriores al siglo XIX o incluso más recientes es muy reducida. Ha dominado al menos desde el siglo XIII el poblamiento concentrado en un único lugar y tan sólo en las cercanías de la ciudad antigua de Valencia sí que ha sido significativo ese poblamiento disperso.

Así pues volvemos a encontrarnos con una dificultad a la hora de calificar cual ha sido el tipo de poblamiento tradicional en la Huerta de Valencia, si el concentrado o el disperso, y ello nos obliga a plantear una serie de jerarquías y distinciones. En primer lugar hay que establecer una diferencia cronológica entre el poblamiento de época musulmana y el de época feudal a partir del siglo XIII, y ya en esta época y hasta el siglo XVIII, cuando empezó el gran crecimiento demográfico y poblacional de los tres últimos siglos, hay que plantear una jerarquía en su entidad y significación: pueblos concentrados, alquerías “señoriales” centro de una gran explotación y, por último, las edificaciones dispersas de tipo popular divididas en casas y barracas.

Una vez más y aunque existió un poblamiento rural de época romana entorno a la ciudad de Valencia basado en grandes villas-explotaciones agrarias, lo cierto es que se han localizado poquísimas en el perímetro interior de su Huerta histórica. Es cierto que su localización arqueológica actual puede estar dificultada por el importante proceso de urbanización pero, en todo caso, la dinámica de la época tardo-antigua (siglos V al VIII) implicó un muy significativo abandono de ellas y, por tanto, la rarefacción de la presencia de poblamiento disperso en este territorio⁶.

Es por ello que el asentamiento poblacional musulmán alrededor de la ciudad a partir del siglo VIII y su crecimiento progresivo hasta principios del siglo XIII estuvo íntimamente ligado a la construcción de los sucesivos sistemas hidráulicos de la Huerta,



Adaptación de la parcela medida en hanegadas a la curva del camino de Carpesa, generando un límite exterior claramente irregular que dificulta la medición del campo. Razonablemente el camino era previo al repartimiento y medición feudal del siglo XIII y fue respetado como eje organizativo del paisaje

desde la acequia de la ciudad, la de Rovella o de Russafa entonces, hasta el más externo de Montcada. Pero en concreto la cuestión que ahora queremos resaltar es que, más allá de la subsistencia o coincidencia en algunos casos de emplazamientos entre antiguas villas romanas y las nuevas alquerías andalusíes medievales, el diseño de los espacios hidráulicos implicó la selección de nuevos emplazamientos para las diversas alquerías como lugar de residencia de los grupos clánicos musulmanes. Por tanto la red de poblamiento andalusí que se fue generando se relacionó tanto con la morfología espacial del sistema hidráulico –una acequia para una alquería–, como con las posibles redes de comunicación que hubiesen sobrevivido de época tardo-romana pero parece evidente considerar que, si la malla de localizaciones de alquerías fue de nueva traza, los caminos principales para conectarlas también debieron serlo en buena medida.

⁶ A. Ribera, “La fundación de Valencia y su impacto en el paisaje”, Historia de la ciudad. II. Territorio, sociedad y patrimonio, Valencia, Colegio Territorial de Arquitectos de Valencia, 2002, p. 43.

También hay que tener en cuenta que a medida que pasaron los siglos la densidad de alquerías hubo de aumentar necesariamente, quizá en parte con la construcción progresiva de los diversos sistemas hidráulicos de la Huerta –¿pudo ser la acequia de Montcada una respuesta a la emigración forzada de población musulmana del Valle del Ebro a raíz de las conquistas cristianas del siglo XII?–. Pero también la influencia de la ciudad y la instalación de un Estado musulmán en la ciudad de Valencia y la maduración de unas clases sociales urbanas a su alrededor empujaron a la creación de propiedades privadas –e igualmente del fisco estatal– en el entorno más cercano a las murallas de la urbe. Son los reales o rahales, y los más alejados rafaes, que fueron densificando la malla del poblamiento de la Huerta⁷.

Una nueva etapa comenzó con la conquista feudal de 1238 pues provocó no sólo la inmediata expulsión de los campesinos musulmanes de casi toda la Huerta y el reparto de sus tierras entre los repobladores cristianos, sino un claro cambio en el poblamiento al ser abandonadas muchas de estas pequeñas alquerías y tan sólo sobrevivir algunas de ellas como pueblos que empezaron a hacerse un poco más grandes. De esta reestructuración, por ejemplo desaparecerían alquerías como las de Algirós, Petra, Soterna, Rajosa o Cassén entre unas decenas, las cuales han quedado convertidas tan sólo en nombres de acequias o partidas rurales incluso ya desaparecidas. En cambio otras sobrevivieron y, en general, se han mantenido como poblaciones hasta el siglo XX, hoy en día muchas de ellas ya tan sólo barrios de la ciudad; éste sería el caso de Benimaçlet, Orriols, Benicalap, Carpesa, Borbotó, Benimàmet, Beniferri, Campanar, Patraix, Malilla o Russafa⁸.

Pero junto a estos pueblos concentrados pero no demasiado grandes –pues oscilaron entre las 20 y las

150 familias durante la época bajo-medieval, existió un poblamiento disperso basado en dos grandes categorías sociales: la alquería “señorial” como gran explotación –nobiliar o ciudadana–, y la casa popular, bien de obra bien en forma de barraca. Las primeras son las que dejaron un testimonio material hasta nuestros días de mayor consideración al estar formada normalmente por un conjunto de edificios para vivienda y usos agrícolas y que, en bastantes casos, llegaron a tener un claro empaque arquitectónico tal como se constata en la alquería del Moro, en Benicalap, la alquería Fonda y la de Falcó, ambas al lado del camino de Montcada, o las alquerías de Ferrer, Rocatí o Aiguamolls en la huerta de Faitanar, a la otra parte de Valencia⁹.

El otro tipo de poblamiento disperso es el de carácter popular, bien una casa de tapial y teja, bien una barraca, y que se construían en la misma parcela de cultivo de los labradores, y son las que han desaparecido más fácilmente a lo largo de los siglos por su menor calidad constructiva pero ello no obsta para que el análisis de edificios haya permitido constatar como bajo casas agrícolas reconstruidas en los siglos XVII y XVIII hayan subsistido partes de la alquería popular bajo-medieval, tal como se demostró en varias de la desaparecida huerta de Campanar o en la alquería de Barrinto en Marxalenes¹⁰.

Por último hay que tener en cuenta que la densidad de poblamiento disperso en la Huerta bajo-medieval de Valencia fue baja, sin punto de comparación con el importantísimo crecimiento demográfico –y por tanto de alquerías populares y barracas– de los siglos XVIII al XX. Lugares como Benimaçlet tenían 56 casas en 1379, 58 en 1445 y 45 en 1475. En esta última fecha Tavernes Blanques tenía 5 casas, Orriols 8, las mismas que Benicalap, 16 Alfafar, 26 Xirivella o bien tan sólo eran 17 las casas y alquerías dispersas entre el palacio real y el lugar de Benimaçlet, en el entorno de su camino, de las cuales unas cuantas estaban cerradas y sin residente permanente en esta última fecha¹¹.

7 P. Guichard, *Al Andalus frente a la conquista cristiana*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2001, capítulo VIII.

8 Acabamos de realizar un detallado análisis de las transformaciones del paisaje agrario de la Huerta de Valencia a raíz del repartimiento llevado a cabo por Jaime I en 1237-1239, E. Guinot, “El repartiment feudal de l’Horta de València al segle XIII: jerarquització social i reordenació del paisatge rural”, en E. Guinot, J. Torró (eds.), *Els Repartiments medievals a la Corona d’Aragó*, Publicacions de la Universitat de València, 2007, pp.

9 Ver algunas consideraciones sobre las alquerías en M. del Rey (dir.), *Alqueries. Paisatge i arquitectura en l’horta*, Valencia, Consell Valencià de Cultura, 2002.

10 V. Algarra, “La alquería de Barrinto en Valencia. Investigación arqueológica”, *Loggia*, n. 12, 2001, pp. 76-79.

11 Archivo del Reino de Valencia (ARV), Mestre Racional (MR), n.º. 11.792 (año 1475).

3.4. LA PARCELACIÓN DE LOS ESPACIOS DE TRABAJO

El último aspecto que ha marcado la construcción del paisaje de la Huerta de Valencia ha sido la creación de los espacios de trabajo, esto es, la organización del parcelario. Los orígenes más remotos de una organización de las unidades de explotación de la tierra alrededor de la ciudad de Valencia corresponderían al proceso que se ha llamado la centuriación, esto es, la asignación de lotes de tierra para los colonos romanos que se instalaron aquí a raíz de la fundación de la ciudad el año 138 A.C..

En el caso concreto de la Huerta de Valencia se han identificado por autores distintos y en momentos de investigación también diferentes hasta tres centuriaciones sucesivas y con orientaciones no coincidentes, y ello tanto en la Huerta norte como en la sur de la ciudad, tal como ha estudiado últimamente R. González Villaescusa en base al análisis estadístico de líneas parcelarias y caminos contemporáneos¹².

Pero este mismo autor argumenta que existen en el paisaje actual una serie de ejes vertebradores, caso del trazado de las acequias madre de los sistemas hidráulicos y algunos caminos de circulación entre pueblos, que no corresponden a dichas alineaciones de la centuriación romana, y pone como ejemplo la antigua zona de huerta entre Faitanar y Patraix donde tanto el trazado de la acequia de Faitanar como, sobre todo, el *camí vell de Torrent*, no son coincidentes con dicha centuriación.

Así pues el diseño y construcción de los sistemas hidráulicos de la Huerta en época islámica también comportó la génesis de un nuevo parcelario en base a los nuevos criterios sociales de construcción del territorio y de asignación de terrenos cultivables a cada uno de los grupos campesinos clánicos que fueron asentándose. Aunque no disponemos de documentación escrita sobre ello, el análisis de la morfología de los parcelarios de algunas zonas de la Huerta de Valencia nos permite constatar que existen claras diferencias en su organización física entre diversos lugares.

Por ejemplo, en el caso de la huerta de la acequia de Benàger se encuentra un grupo de parcelas alrededor de la acequia madre en su tramo final entre los términos municipales de Xirivella y Picanya que presentan una marcada morfología irregular en sus límites, aterrazadas y con una clara adaptación a las curvas de nivel. Allí es donde están también las dos únicas alquerías de probable origen medieval de este ámbito, la de Escrivà y la del Pollastre, pero en cambio, un poco más adelante y en el final del mismo sistema hidráulico existen varios bloques de parcelas absolutamente ortogonales que forman bandas entre un camino de circulación –*el camí de les Alqueries*– que hace de límite municipal entre Picanya y Xirivella, y el *braç de la Foia* de la citada acequia, y con una mayor aproximación a la jovada en sus dimensiones entre terrazas¹³.

Ello podría ser la evidencia material de un diferente origen en este parcelario contemporáneo: andalusí el primero y fruto del reparto feudal del siglo XIII el segundo, y estaría relacionado con una roturación de época islámica concentrada alrededor de donde estaban las alquerías-poblados, mientras que quedarían zonas no cultivadas por ser más altas o que tan sólo fueron cultivadas ocasionalmente entre los espacios de cultivo intensivo alrededor de cada una de ellas, las llamadas tierras mamluka¹⁴.

Este mismo modelo espacial aún sería detectable en el caso de la acequia de Favara a principios del siglo XX, antes de la generalización de los pozos y motores. Según sus planos del año 1912 tanto en Massanassa como especialmente en Catarroja y Albal la tierra censada era un reducto propio de huerta correspondiente al brazo respectivo de cada una de las poblaciones, envuelto aún por secanos. Es un formato que, sobre el plano, podría recordar en su morfología espacial a la rama de un cerezo, en el que la acequia madre de Favara hace la función simbólica de rama y de ella pende el brazo de cada antigua alquería y su unidad de riego respectiva. Las huertas propias de Albal y Catarroja llegaban a tocarse pero estaba muy claro donde llegaba el riego de cada brazo, separado de hecho

12 R. González Villaescusa, "Paisaje agrario, regadío y parcelarios en la huerta de Valencia. Nuevos planteamientos desde el análisis morfológico", II Coloquio Historia y Medio Físico. Agricultura y regadío en Al-Andalus, Instituto de Estudios Almerienses, Almería: 1995. pp. 343-360, reeditado en Las formas de los paisajes mediterráneos, Universidad de Jaén, 2002, pp. 283-305. En todo caso conviene aclarar que los métodos de identificación de este parcelario se han llevado a cabo en base al análisis de distancias entre parcelas y/o caminos en cartografía y fotografía actual por lo que la traza de la centuriación es bastante fragmentaria en cuanto a su continuidad y se puede decir que inexistente en algunas zonas de la Huerta, si bien es cierto que la densidad de alienaciones en alguna otra debe ser algo más que una coincidencia.

13 E. Guinot, S. Selma, Informe sobre el paisaje histórico de la Huerta de Valencia – Huerta de la acequia de Benàger; afectada por la Construcción de la plataforma ferroviaria del AVE Madrid – Comunidad Valenciana (Tramo Alaquàs – Valencia), Conselleria de Cultura, Direcció General de Patrimoni, 2006, inédito.

14 C. Trillo, Agua, tierra y hombres en Al-Andalus, Granada, Ajar, 2004, pp. 98-136.



Territorio regado por la acequia de Favara en 1912 en sus dos brazos finales: el de Catarroja y el de Albal. Obsérvese el carácter cerrado de cada bolsa de riego y la forma arborescente de reparto del agua en su interior; así como las zonas de secano en la parte superior del perímetro de riego, junto al cauce de la acequia madre, y lo que también serían secanos o riegos de fortuna o de las fuentes en la parte inferior de cada población.

además por un paleocanal utilizado por el caudal de la Font de la Rambleta, ajeno orgánicamente al sistema hidráulico de Favara.

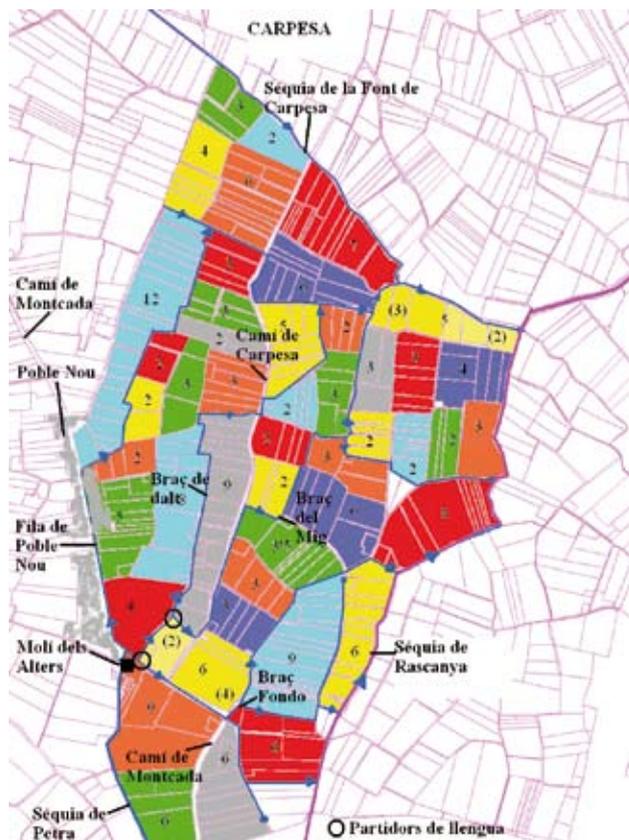
Con la conquista feudal de 1238 el repartimiento de la Huerta que llevó a cabo Jaime I generó claramente una nueva propiedad de la tierra basada en la jerarquía feudal lo que comportó la creación de señoríos territoriales, grandes propiedades agrícolas y pequeñas propiedades campesinas, así como una absoluta generalización de la pequeña explotación familiar todo lo cual se concretó en una importante reparcación del territorio pues las grandes propiedades fueron establecidas a cultivadores directos en parcelas de menores dimensiones.

Así pues hay que establecer una diferencia entre la nueva propiedad de la tierra en la Huerta, delimitada físicamente en 1238-1239 por los sogueadores, reales o señoriales, y la asignación de parcelas reales de cultivo a los labradores, hechas en muchos casos con posterioridad. En ambos casos se basaron en las

nuevas unidades de medida superficiales aportadas por la sociedad cristiana: la *fanecada*, la *cafissada* y la *jovada* (1 *jovada* = 3 Ha = 6 *cafissades* = 36 *fanecades*) pero su materialización sobre el territorio de la Huerta fue distinta. El reparto de la propiedad se hizo en *jovades*, pero la reconstrucción real de parcelario se basó en las *cahizadas*, tal como aparece de forma repetida en los contratos de establecimiento de parcelas a los labradores a lo largo del siglo XIII y es la medida que se encuentra fosilizada en muchos lugares de la Huerta, coincidiendo esa unidad de forma mayoritaria con los aterrazamientos.

La razón de esta diferencia es que no se dio ni se podía dar un arrasamiento del anterior paisaje andalusí si se quería aprovechar el funcionamiento de los sistemas hidráulicos. El análisis de campo y de las planimetrías que hemos llevado a cabo en diversos puntos de la Huerta de Valencia nos permite constatar que en muchos lugares no se generó un nuevo parcelario regular ortogonal basado en las *jovadas* o incluso en *cahizadas*, simplemente porque muchas veces no cabían parcelas de esas dimensiones entre los ejes construidos de la huerta andalusí.

Por ello lo que hicieron los repartidores feudales del siglo XIII fue utilizar las acequias y caminos principales como dichos ejes vertebradores del paisaje construido y realizar a partir de ellos las mediciones necesarias para ir creando *jovadas*, para “construir” la nueva propiedad feudal sobre un territorio con un orden interno ya creado. La consecuencia principal es que allí donde la densidad de ocupación andalusí había sido más intensa, por lo tanto en el entorno más cercano de la ciudad de Valencia o junto a las alquerías fue imposible medir parcelarios que respondiesen a un nuevo dibujo del paisaje basado en criterios ortogonales. Simplemente, las *jovades* no cabían en la zona de Poble Nou, regada por el final del brazo de Petra de la acequia de Mestalla, entre los cuatro brazos en que se divide: el *braç de Dalt*, el *del Mig*, el de *l'alqueria Fonda* y la *fila de Poble Nou*. La única solución fue medir el terreno que había entre brazo y brazo, o entre brazo y camino, generando así bloques de terreno o “pastillas” y marcar entre ellos las divisiones que permitían individualizar *cafissades*, lo cual podía hacerse por un extremo de la “pastilla” de terreno pero podía dar lugar a que la



La huerta del final del brazo de Petra de la acequia de Mestalla, en Poble Nou. Obsérvese la densidad de acequias y caminos, y la irregularidad de su trazado. Las parcelas están medidas en cahizadas y se ven encajadas entre esos ejes por lo que sus límites exteriores son casi siempre irregulares mientras que las subdivisiones internas son claramente rectilíneas fruto de la medición de hanegadas

última parcela posible no encajase en una medida estándar; en vez de seis hanegadas, quedaban cinco y media, o seis y media¹⁵.

A MODO DE RESUMEN

Aunque Valencia fue una fundación romana y existió una primera construcción del paisaje rural entorno a ella basado en grandes villas-explotaciones agrícolas y un parcelario regular basado en las mediciones de las

centuriaciones, lo cierto es que prácticamente no nos ha quedado rastro material de ese primer paisaje construido, en buena medida porque quedó ampliamente abandonado durante la época tardo-antigua.

Lo cierto es que la instalación de los grupos campesinos musulmanes de base clánica a partir del siglo VIII generó un paisaje prácticamente nuevo más allá de la supervivencia del trazado de alguna vía importante, caso de la Vía Augusta, o del emplazamiento de alguna villa. La Huerta de Valencia, tal como nos ha llegado a la actualidad con cambios parciales y a veces importantes pero con la misma estructura básica de su morfología espacial, fue obra de dicha sociedad andalusí la cual fue construyendo de forma progresiva los ocho grandes sistemas hidráulicos que la caracterizan: los siete de la Vega y el de Montcada. Ya en aquella época islámica fueron construidos en su totalidad desde el punto de vista de su canal principal o acequia madre así como de los grandes brazos distribuidores de agua a cada una de las sucesivas alquerías que se localizaban a lo largo de sus trazados. Este modelo arborescente habría llevado a la génesis de ámbitos de huerta intensiva relacionadas con cada una de las alquerías andalusíes y una progresiva expansión de ellas hasta ir juntándose físicamente, que no organizativamente como unidades de riego. Este fue un proceso más marcado cuanto más cerca de la ciudad de Valencia y en paralelo a la aparición de *reales* o grandes explotaciones agrícolas propiedad de las clases urbanas y del Estado, los cuales se fueron intercalando entre las alquerías de los primitivos grupos clánicos.

Paralelamente la construcción de cada sistema hidráulico implicó la fijación del emplazamiento de las primeras alquerías formadas por unas pocas casas, las cuales fueron creciendo en número hasta principios del siglo XIII. No llegó a existir un verdadero poblamiento concentrado aunque algunas alquerías debieron ser más grandes, y lo más peculiar sería esa proliferación de pequeños lugares cercanos entre sí, a unos pocos centenares de metros ya que calculamos que debía haber cerca de doscientos en toda la Huerta de Valencia en 1238 entre alquerías, reales y rafaes.

¹⁵ Hemos dado noticia documental de estas "irregularidades" en el establecimiento de parcelas de cultivo a mitad del siglo XIII en E. Guinot, "El desplegament feudal sobre el País Valencià. Repartiment i colonització a l'Horta de València: Montcada (1239-1246)", dins M.Barceló et alii (eds.), *El feudalisme comptat i debatut. Formació i expansió del feudalisme català*, València, Universitat de València, 2003, pp. 361-388.

¹⁶ Tan sólo quedaron mudéjares en Quart de Poblet, Aldaia, Benimàmet y, parcialmente, en Manises, Paterna y Mislata, aunque en estos últimos casos no está tan claro que se tratase de las mismas familias campesinas anteriores o más bien de un reasentamiento posterior, tal como pasó también en Bonrepòs i Mirambell.



La fotografía aérea de la misma zona del final del brazo de Petra, entre Poble Nou y Carpesa, permite constatar cómo existen grupos de parcelas que conforman bloques entre brazo y brazo de la acequia y/o camino de circulación, y que las subdivisiones internas en hanegadas toman una misma dirección.

Lógicamente todos estos núcleos habían de estar comunicados entre sí y la red principal pero también la secundaria de comunicaciones es fruto de estos siglos, lo mismo que un nuevo proceso de parcelación que no se basó en principio para nada en las centuriaciones romanas. Los parcelarios andalusíes se adaptaron a las curvas de nivel adoptando con ello frecuentes formas irregulares en sus límites exteriores, y al menos en las zonas de la Huerta más alejadas de la ciudad parece deducirse que no llegó a cultivarse ni parcelarse todo el espacio existente entre una y otra alquería.

La conquista feudal de Jaime I en el año 1238 implicó una herencia de la realidad material de la Huerta para los nuevos colonos cristianos que la ocuparon pero también una importante reestructuración de ella. Uno de los tópicos más usuales ha sido el de la continuidad de su funcionamiento y organización del regadío, en parte basado en un latiguillo insistente de la propia documentación bajo-medieval: todo el riego y las acequias debía mantenerse “*com en temps de sarraïns*”, y efectivamente esto sucedió en cuanto a la red básica de cada sistema hidráulico for-

mada por acequia madre y brazos principales, pero no en cuanto a la gestión social del agua.

Por otro lado que la ocupación de la ciudad comportó la expulsión forzada de los vecinos musulmanes no sólo del núcleo urbano sino de casi todas las alquerías de la Huerta¹⁶. Una consecuencia directa en el paisaje rural de la Huerta de este vaciamiento humano de su población anterior fue la de la concentración de los lugares de residencia. La tendencia de los colonos cristianos fue a instalarse en un lugar común, en alguna de las alquerías andalusíes despobladas, lo que provocó que muchas otras quedaron abandonadas definitivamente de tal manera que en las zonas más exteriores de la Huerta de Valencia, en la parte norte de la huerta de la acequia de Montcada, o en la huerta de Quart-Benàger-Faitanar, la presencia de poblamiento disperso fue muy reducida durante toda la época bajo-medieval. En todo caso el tipo de poblamiento bajo-medieval fue el de los pueblos concentrados y tan sólo en las cercanías de la ciudad dos tipos de casas dispersas: la gran alquería explotación agraria propiedad de nobles o ciudadanos, y la casa popular agrícola, bien en tapial y tejada o bien una barraca.

Pero quizá, junto a esta contracción de los lugares de poblamiento rural, lo más característico del cambio feudal fue una nueva reparcelación dirigida por los oficiales de Jaime I a causa del proceso de repartimiento de la propiedad de la tierra expropiada a los musulmanes. En base al nuevo sistema métrico de superficie de la jorada, *ca-fissada* y *fanecada*, los sogueadores dibujaron un nuevo parcelario a lo largo y ancho de la Huerta —el cual es el que en buena medida ha llegado a nuestra época—, para lo cual se ajustaron a encajar las nuevas propiedades en los ejes que vertebraban aquel paisaje: el trazado de las acequias principales y de los caminos de circulación entre núcleos. Durante los siglos siguientes hasta el XX hubo cambios puntuales, se subdividió la propiedad y la explotación directa y, sobre todo, creció finalmente la población y las edificaciones de forma muy importante en los siglos XVIII a XX, pero en el fondo la morfología espacial de la Huerta de Valencia ya no cambió profundamente hasta su actual desaparición total por el proceso de urbanización en que nos encontramos inmersos.

15 Hemos dado noticia documental de estas “irregularidades” en el establecimiento de parcelas de cultivo a mitad del siglo XIII en E. Guinot, “El desplegament feudal sobre el País Valencià. Repartiment i colonització a l’Horta de València: Montcada (1239-1246)”, dins M.Barceló et alii (eds.), *El feudalisme comptat i debatut. Formació i expansió del feudalisme català*, València, Universitat de València, 2003, pp. 361-388.

16 Tan sólo quedaron mudéjares en Quart de Poblet, Aldaia, Benimàmet y, parcialmente, en Manises, Paterna y Mislata, aunque en estos últimos casos no está tan claro que se tratase de las mismas familias campesinas anteriores o más bien de un reasentamiento posterior, tal como pasó también en Bonrepòs i Mirambell.